

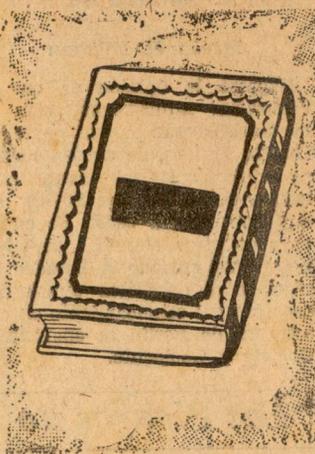
No Existe el Libro de Lujo

por Sebastián Salazar Bondy

Sólo quien carezca de todo contacto con los libros —es decir, con la cultura— puede concebir la existencia de "libros de lujo". Y sólo quien tenga tan peregrina idea de las letras y las ciencias bien impresas es capaz de cometer el atropello de gravar ciertas ediciones simplemente porque están encuadernadas en piel, cuero u otros materiales durables. La diferencia entre un libro corriente y uno de realización cuidada es que éste último está hecho en mejor material, para que soporte más el uso constante. Además, en general son los volúmenes de "obras completas", pertenecientes a un gran clásico o a un escritor moderno notable, los que merecen ser publicados en papeles finos y empaste especial. Así, por ejemplo, el cerca de centenar y medio de tragedias, comedias y dramas de Shakespeare ha sido puesto en circulación por la excelente Editorial Aguilar, de Madrid, en un tomo de alta calidad gráfica y literaria, a un precio que, considerando el contenido de la edición, resulta barato. Ahí hay Shakespeare para toda la vida y, aun más, para varias generaciones de lectores ¿Cabe aplicar impuestos, que eleven el valor comercial de este libro hasta una suma prohibitiva, simplemente porque luce cuerina, cantos dorados y papel biblia? Las autoridades que han decidido tal cosa, conforme lo ha denunciado el señor Franco Guerra en carta publicada ayer por nuestro diario, no practican evidentemente la menor frecuentación con libros, y eso está

mal en personas que ejercen mando en un país.

Tanto valdría reputar de "discos de lujo" los de 33 y 45 revoluciones —entregados comúnmente en sobres elegantes—, que en las dos caras de una grabación ofrecen lo que antes requería un grueso y pesado album. Más o menos lo mismo es el libro de papel delicado y



cuierta de cuero, pasta o material plástico: el papel permite dar cientos de páginas sin sobrepasar el límite de un volumen manuable, y la encuadernación exige una flexibilidad que el cartón o la cartulina comunes no admiten por causa de su textura y consistencia. Todo esto, que para cualquiera que lee —y no mucho— son verdades obvias, para el Ministerio de Hacienda y Comercio y sus funcionarios es cosa totalmente desconocida. A juicio de dichos señores las ediciones que no son de tipo tradicional constituyen

algo así como joyas, adornos o golosinas. Leer en ellas es, según tan curioso criterio, como ponerse un abrigo de visón o comer caviar. Ayudémoslos a su ilustración revelándoles que un Cervantes, un Moliere, un Dostoevsky o un Palma en impresión extraordinaria son más accesibles y, por ende, más provechosos para la cultura individual y colectiva que en ejemplares desperdigados y rústicos. Y démosles la noticia, que para cualquier ciudadano acostumbrado a una pequeña dosis de literatura resulta archisabida, de que en España, por ejemplo, es más barato encuadernar en cuerina que en tela, por lo cual, desde hace algún tiempo, proliferan cada vez a menos precio los libros que aquí se tienen por "libros de lujo".

Poner impuestos a los libros es dar una nota discordante en el mundo presente. Contra todos los medios de difusión de la actualidad, puestos en general al servicio del mal gusto, la deformación mental, la seudo-cultura, etc. —como la radio, la televisión, el cine, por desgracia convertidos en órganos de lo menos saludable de la imaginación contemporánea—, el libro ha sido proclamado en todas partes como el vehículo insobornable de la inteligencia y la verdad. Impedir que entren libros, encarecerlos haciéndolos objeto de tasas arbitrarias, alejarlos, en fin, de las manos del hombre de la calle, es perseguirlos. Es decir, hacer lo mismo que los dictadores de ayer y de hoy han infructuosamente tratado de llevar a cabo. Las democracias, por el contrario, que no temen a las ideas, aun a las de sus enemigos doctrinarios, han tenido al libro como un arma de los principios de libertad en que se basan y sustentan. De ahí que sea lógico esperar que los gravámenes a los mal llamados "libros de lujo", que han comenzado a ser aplicados entre nosotros, no prosperen y que, a la postre, ello sólo se deba al error o la confusión de alguien que lamentablemente no está habituado a tener libros. La cultura del país corre un riesgo que no es pequeño. Considérese que si el libro no puede llegar al estudiante, al intelectual, al hombre medianamente cultivado, el pensamiento peruano sufrirá el impacto.